

Laia Balcells

The Logic of Violence in Civil War

Kalyvas, Stathis N. Nueva York: Cambridge University Press, 2006

En "La lógica de la violencia en las guerras civiles" Stathis N. Kalyvas realiza una contribución clave al estudio del fenómeno de la violencia política en el mundo contemporáneo. El libro presenta una novedosa teoría sobre las dinámicas de la violencia que tienen lugar en el contexto de guerras civiles denominadas irregulares. Las principales hipótesis derivadas de la teoría se testan empíricamente con datos de la guerra civil griega (1943-1949) en la provincia del Argolid, en el Peloponeso. Si bien estos datos son "micro" (son datos a nivel individual y municipal de una provincia de un solo país) el ámbito de aplicación de la teoría de Kalyvas es el conjunto de guerras civiles de carácter irregular que tienen y han tenido lugar en el mundo contemporáneo. El autor consigue hacer una contribución que va mucho más allá de su caso de estudio gracias a un original diseño de investigación que, junto a un marco teórico bien definido y a la referencia a otros casos de guerras civiles (históricas o contemporáneas), aporta validez externa a los resultados obtenidos. Además, Kalyvas deriva implicaciones de su teoría no sólo para la violencia durante la guerra civil, sino para otros tipos de violencia política, como por ejemplo, el terrorismo o la protesta política violenta.

Kalyvas empieza el libro planteando su principal pregunta de investigación: "¿qué explica la variación espacial en la distribución de la violencia durante una guerra civil?". El autor señala que existe en la literatura una laguna en lo que se refiere al análisis sistemático de los determinantes de la violencia que tiene lugar en contextos de conflicto armado; en estudios previos, la violencia ha sido tratada como un elemento funcional de la guerra o como una consecuencia de la locura. Mientras lo primero hace cualquier explicación

de la violencia tautológica o circular (la violencia tiene lugar porque los actores armados necesitan de ella); lo segundo la hace imposible (y es que, ¿pueden ser sistemáticos los efectos de la locura?). Si bien en tiempos recientes autores como Lacina (2006), Downes (2004), Valentino *et al.* (2004), o Weinstein (2007) han llevado a cabo algunos intentos de sistematizar el estudio de la violencia durante la guerra, las explicaciones que han dado son, a criterio de Kalyvas, insuficientes. El problema más importante que tienen las explicaciones de estos autores es que están focalizadas en una sola dimensión de la violencia: por ejemplo, en el régimen donde ésta tiene lugar (si éste ofrece más o menos posibilidades de que ocurra la violencia), o en las características de los grupos armados (si éstos son más o menos disciplinados). En realidad, en estas aproximaciones se asume, de forma implícita, que los combatientes tienen unos incentivos constantes para actuar de forma letal y que la violencia observada sólo varía a consecuencia de la existencia de más o menos barreras o constreñimientos a tal conducta. Además de los problemas inherentes en este tipo de premisa, este tipo de análisis no permite explicar la violencia perpetrada por parte de grupos altamente disciplinados y es, por lo tanto, incompleto.

La aproximación de Kalyvas es más rica que las anteriores en tanto que intenta explicar la violencia a partir de la interacción estratégica entre individuos y grupos armados: lo realizado por unos afecta a los incentivos de otros, y la violencia ocurre en unos puntos de equilibrio, que el autor procura identificar. Más abajo explicamos cómo se modeliza la ocurrencia de violencia en el libro, pero previo a ello debemos clarificar algunos conceptos y dejar claro el ámbito de aplicación (*las scope conditions*) de la teoría. En primer lugar, el modelo se limita a explicar la ocurrencia de lo que él denomina violencia selectiva, un tipo de violencia que el autor propone distinguir de la violencia indiscriminada. El criterio que distingue estas dos categorías es el mecanismo mediante el cual se produce la victimización: si existe un proceso de selección a nivel individual, la violencia es selectiva; si el proceso de selección es a nivel colectivo, la violencia es indiscriminada. Es decir, la violencia es selectiva tanto si se mata a un individuo por haber sido identificado como informante del enemigo, como si se mata a un grupo de veinte personas en una “saca” por el mismo motivo; pero si se mata a estos veinte sólo por pertenecer a un municipio considerado enemigo —sin una identificación individual de los colaboradores—, la violencia es indiscriminada —lo mismo que si se mata a un sólo individuo sin identificación previa—. La violencia indiscriminada, dice Kalyvas, es hondamente contraproducente para los grupos armados, ya que mandan la señal a la población de que, haga lo que haga, puede ser víctima de la violencia. Es en referencia a este tipo de violencia que aduce a la cita a Hannah Arendt “la violencia puede destruir el poder; es totalmente incapaz de crearlo”. Por lo contrario, la violencia selectiva es mucho más efectiva a la hora de conquistar territorio y llegar a controlarlo. A la vez, la violencia selectiva tiene un carácter más interactivo que la violencia indiscriminada, ya que el asesinato requiere la obtención de información sobre el individuo (por ejemplo, ¿es miembro de algún partido político?, o ¿ha colaborado con el enemigo?).

Kalyvas aporta algunos indicios sobre la lógica de la violencia indiscriminada, pero no consigue explicarla de forma tan parsimoniosa como la violencia selectiva: básicamente

nos cuenta que la violencia indiscriminada tiene lugar en contextos de ausencia de información. Es por este motivo que normalmente la utilizan los *incumbents* en operaciones contrainsurgentes, y no los grupos insurgentes, que tienen mucho más acceso a información local. También explica que la violencia indiscriminada es habitual cuando hay una gran disparidad de poder entre grupos armados y que, a largo plazo, a medida que la guerra avanza, los actores políticos tienden a pasar de un uso indiscriminado de la violencia a uno selectivo. Y es que si bien la violencia indiscriminada es menos costosa que la selectiva, en cuanto que la última es de algún modo factible, cualquier actor la prefiere a la primera.

En segundo lugar, Kalyvas sólo explica la violencia en guerras civiles irregulares, asimismo denominadas guerras de guerrillas. Estas son guerras en las que el control del territorio por parte de los grupos armados es altamente fragmentado, los combatientes se mezclan con los civiles (y, de algún modo, éstos se vuelven prácticamente indistinguibles), y es que la tecnología de guerra consiste básicamente en el uso de armas ligeras (vis-a-vis artillería o armas pesadas). Las guerras irregulares se distinguen de las denominadas guerras civiles convencionales o regulares, y de las también denominadas guerras simétricas no convencionales (para leer más sobre esta distinción, ver Kalyvas 2005, y en Kalyvas y Balcells 2007). En las guerras irregulares, la violencia está altamente ligada al control del territorio porque los combatientes necesitan la colaboración de los civiles para conseguir tal control: no pueden identificar y eliminar a los combatientes del bando enemigo sin tal ayuda. A la vez, sin un mínimo nivel de control, es imposible a los grupos acceder a información local. En guerras regulares, la relación entre información, control y violencia es mucho menos evidente (Balcells 2007).

Kalyvas explica la perpetración de violencia selectiva en guerras civiles a partir de un modelo en que interaccionan las funciones de utilidad de los civiles y las de los de los grupos armados. Los primeros desean sobrevivir durante la guerra, y llevan a cabo acciones que les permiten maximizar la probabilidad de hacerlo. A la vez, tienen incentivos privados de eliminar a enemigos o a personas con las que tienen odios particulares, es decir, quieren sacar partido privado de la guerra, y los grupos armados sacan provecho de ello. Los grupos armados desean maximizar su ocupación y control del territorio en pugna. Para conseguir el control o soberanía del territorio tienen que asesinar a los combatientes del grupo contrario que se camuflan entre los civiles, y para ello necesitan obtener información de los civiles mismos. La obtención de información es, sin embargo, condicional al control que tiene el grupo del territorio: los civiles sólo se atreven a denunciar al contrario si el grupo armado tiene un suficiente control del terreno, de modo que les pueda proteger de posibles represalias por parte del otro grupo. (Por ejemplo, si quiero denunciar a mi vecino, al que odio porque me ha robado un trozo de tierra, sólo lo haré si tengo la certeza que el grupo al que he confiado la información no va a asesinarme si los parientes del vecino me denuncian y, a la vez, me va a defender si éstos me quieren asesinar o el grupo contrario quiere hacerlo porque los parientes me han denunciado ante éste).

Así, Kalyvas explica que la violencia que observamos durante las guerras civiles irregulares se produce a partir de la interacción de estas funciones de utilidad de civiles y grupos

armados, que llegan a un equilibrio bajo determinadas condiciones. De nuevo, en el modelo, estas funciones de utilidad ilustran el deseo de supervivencia y oportunismo por parte de los civiles y la búsqueda de información por parte de los grupos armados. La violencia selectiva sólo tiene lugar en aquellos lugares donde los incentivos de los civiles de colaborar con el grupo armado coinciden con los intereses del grupo de conseguir información relativa a los adversarios. Kalyvas encuentra que, en un *continuum* en que control total o hegemónico del territorio por parte del *incumbent* es 1, control total por parte del *insurgent* es 5, control repartido por parte de uno y de otro es 3, y control hegemónico pero no total por parte del *incumbent* es 2, y control hegemónico pero no total por parte del *insurgent* es 4, la violencia selectiva tiene lugar solamente en las zonas 2 y 4. Estas son las únicas zonas en que los civiles tienen incentivos para colaborar con el *incumbent* (en la zona 2) o con el *insurgent* (en la zona 4), respectivamente, y donde los grupos tienen incentivos para recabar información sobre enemigos. En la zona 1 el *incumbent* no tiene incentivos para obtener información sobre civiles y eliminarlos porque ya tiene hegemonía sobre el territorio, y viceversa por lo que respecta al *insurgent* en la zona 5. Finalmente, en la zona 3, si bien los grupos armados quieren conseguir información, los civiles no van a aportarla porque no tienen ningún tipo de certidumbre de que el grupo armado en cuestión (sea el *incumbent* o el *insurgent*) los puede proteger ante las previsibles represalias de sus denuncias. Consecuentemente, los grupos se ven constridos a la hora de llevar a cabo actos de violencia selectiva debido a la ausencia de informantes.

Kalyvas pone a prueba las hipótesis derivadas de su modelo teórico con una base de datos creada por él mismo —a partir de fuentes históricas primarias— que contiene información relativa a 62 localidades de la provincia de Argolid, en Grecia. Asigna a cada localidad un valor en su continuum de control (del 1 al 5) para cuatro momentos del tiempo durante la primera parte de la guerra, que es la que afectó militarmente a esta zona (entre septiembre de 1943 y octubre de 1944); así, el total de unidades en la base de datos es de 248. El autor realiza un test empírico con distintos modelos de regresión (lineal y logística) que le permite comprobar que, en efecto, la zona 2 conlleva mayores niveles de violencia por parte de los *incumbents*, mientras que la zona 4 conlleva mayores niveles de violencia por parte de los *insurgents*. Kalyvas dice que la zona del Argolid, a pesar de presentar un total de casos bastante pequeño, es idónea para el test empírico de su teoría porque la propiedad de la tierra era muy similar en toda la zona (las granjas tenían tamaños muy parecidos) —por tanto, no puede haber factores económicos que expliquen mayor violencia en unos sitios que otros—, y la zona es bastante montañosa, con lo cual la guerra tuvo ahí un claro carácter irregular. Sin embargo, es cierto que al tratarse de una zona predominantemente campesina, y con mucho faccionalismo local, podemos pensar que las circunstancias que se dieron fueron ahí distintas de las que se darían en otros lugares, como por ejemplo en contextos urbanos.

Además de los datos cuantitativos, Kalyvas también presenta evidencia cualitativa a favor de sus hipótesis: desde evidencia anecdótica obtenida a partir de entrevistas personales a testimonios de la violencia durante la guerra civil griega, hasta evidencia histórica

procedente de fuentes primarias (archivos) y secundarias (etnografías e historias locales). El autor también llega a identificar los denunciantes de los que fueron asesinados en la zona del Argolid, y comprueba que en muchas ocasiones hubo rencillas personales previas al estallido de la guerra (por ejemplo, por razones de herencia, sentimentales, de negocios, etc.). En algunos casos, éstos dejaron rastro en forma de pleitos judiciales o denuncias. Sin embargo, a nivel agregado, comprueba que el volumen de litigios previos a la guerra no es una variable estadísticamente significativa para explicar la violencia. Adicionalmente, Kalyvas realiza un test empírico con datos de la guerra civil griega procedentes de fuentes secundarias; un test que, por otro lado, tiene un carácter muy indirecto: de su marco teórico deriva la implicación de que en la segunda parte de la guerra civil griega, la que tuvo lugar una vez acabada la ocupación alemana y en la que el Gobierno griego fue el *incumbent*, la violencia debió de ser mayor en zonas de más altitud que en la primera parte de la guerra. Dice que esto tiene que ver con los intereses de los alemanes, por un lado, y del Gobierno griego, por el otro (mientras los primeros no querían controlar los montes, los segundos sí). Afirma que esto implica que las zonas de soberanía competida, 2 y 4, donde la violencia es hipotéticamente mayor, se encuentran en altitudes más altas en el segundo periodo que en el primero. A pesar de que ésta es una conjetura razonable, y que Kalyvas observa que, en efecto, la violencia tuvo lugar en distintas altitudes en una y otra etapa de la guerra, la validez de este test secundario es indudablemente cuestionable. No sabemos si los patrones de control fueron así en realidad (durante la guerra hay muchos factores externos e internos a la misma que pueden condicionar los niveles de control, que van más allá de los incentivos de los actores políticos de controlar un territorio —no hay que olvidar que los factores de carácter militar imperan en tiempos de conflicto bélico—). Así, asumir que las zonas de control compartido fueron unas u otras debido a los incentivos de los *incumbents* parece algo arriesgado. Por otro lado, debido a la ausencia de información precisa sobre niveles de control, no podemos descartar la posibilidad de que los resultados de este test secundario estén condicionados por el efecto de alguna variable omitida.

A pesar de esta última crítica, se puede afirmar que la teoría del libro está bien apoyada por la evidencia empírica; junto con la evidencia cuantitativa, se incluyen un gran número de referencias a otras guerras civiles que ilustran que las implicaciones de la teoría no se limitan al caso estudiado. La combinación de métodos de investigación, además de dotar al manuscrito de una riqueza extraordinaria, contribuye a la validez externa del marco teórico, que queda contrastado desde ángulos muy distintos.

Uno de los elementos más controvertidos del modelo de Kalyvas es que da por entendido que durante la guerra civil existe una privatización de la violencia, más que una politización de la vida pública. Las denuncias previas a la violencia se llevan a cabo por motivaciones personales, odios y deseos de revancha. Además de contradecir la famosa frase “la guerra es política a través de otros medios” (Clausewitz, 1968), esta idea es difficilmente digerida por parte de todos aquellos que conciben la guerra como un enfrentamiento de carácter ideológico entre bandos opuestos. Cabe decir en su defensa que Kalyvas nunca niega que la polarización política o incluso étnica esté detrás del estallido de la guerra,

pero distingue claramente las causas de la guerra de las causas de la violencia, y dice que lo último tiene más que ver con el instinto de supervivencia de la gente, con los intereses privados y, en cierto modo, con la perversión, que con otra cosa. Esta hipótesis, si no convence, puede ser contrastada, pero cabe hacerlo a través de estudios que tengan como objeto de estudio la violencia, y que aporten evidencia a nivel muy micro: argüir meramente que la división política lleva a la guerra no es suficiente para rebatir este aspecto de la teoría del libro.

En mi opinión, la lógica de la violencia en las guerras civiles puede ser criticada más fácilmente por otro lado: el de las asunciones de racionalidad. La violencia es entendida en la teoría de Kalyvas como un instrumento a manos de los grupos armados, que concibe como actores extremadamente calculadores, y con gran capacidad de controlar cada uno de sus movimientos. Esta es una premisa muy fuerte ya que los grupos armados son, como cualquier otra organización, imperfectos. Es posible pensar que los intereses de cada uno de los actores que constituyen el grupo no confluyan perfectamente, y que el resultado de la agregación de sus preferencias no sea racional, y ni tan siquiera coherente. A la vez, es fácil pensar que no sólo se cometen errores de táctica y de estrategia, sino que hay elementos dentro de los grupos armados cuyos incentivos se alejan del fin de ganar la guerra (como por ejemplo, cometer matanzas, pillajes, robos, etc. por puro placer o interés individual) y que llevan a una serie de dinámicas o equilibrios negativos. Si bien todo esto puede llevar a actores a perder guerras, también puede llevarlos a cometer actos de violencia que quedan inexplicados por esta teoría.

El modelo formal tiene la virtud de ser complejo y parsimonioso a la vez, pero hay algo que no acaba de encajar en su engranaje: mientras que se distingue al principio del libro entre la dimensión *táctica* y la dimensión *estratégica* de la violencia (la primera tiene como objetivo eliminar a enemigos actuales, la segunda tiene como objetivo eliminar enemigos futuros), el modelo parece tener en cuenta solamente la dimensión táctica. Y es que si el grupo armado estuviera interesado en eliminar futuros adversarios, también debería estar interesado en recabar información de civiles en zonas de control hegemónico (por ejemplo, la zona 1 para el *incumbent*) y, dado que la denuncia sería muy probable por parte de los civiles en estas zonas, se deberían observar ahí también altos niveles de violencia. De hecho, éste ha sido así en muchas guerras, como por ejemplo justo después de la ocupación franquista de muchas zonas de España durante la Guerra Civil de 1936-1939, cuando el control ya era total, y aun así hubo elevados niveles de violencia porque había interés en saber quiénes eran los oponentes al régimen y había excedente de voluntarios a denunciar.

Otra objeción al modelo teórico es que no tiene en cuenta que distintas fases de la guerra pueden ir asociadas a distintos niveles de violencia. Por ejemplo, podemos pensar que en las zonas 1 y 5 habrá más violencia durante el principio de la guerra porque es entonces cuando conviene eliminar a todo adversario, y que se reducirá a medida que avance la guerra y el enemigo esté muerto o exiliado. Aunque, podemos preguntarnos: ¿esto es así porque estas zonas 1 y 5 son al principio de la guerra en realidad 2 y 4? Esto nos lleva a

una crítica relativa a posibles errores de medición: ¿cuándo podemos decir que una localidad pertenece a una zona 1 o a una zona 2? Si pertenecer a la zona 1 depende de la inexistencia de adversarios en el territorio, entonces la ausencia de violencia es endógena a la categoría de control misma. Y esto nos lleva a una crítica adicional, sobre la reproducibilidad del estudio, en otras palabras: ¿existe alguna forma estándar de sistematizar la categorización de todas las zonas en guerra en una de las cinco categorías definidas por Kalyvas, o sólo el conocimiento altamente exhaustivo de un territorio permite hacerlo? ¿Cuáles serían las principales reglas de codificación que debería seguir cualquier investigador de una guerra irregular, para poder testar el modelo? Y, finalmente, ¿podría realizarse esta misma investigación con una guerra contemporánea, donde hay un elevado riesgo de control y la manipulación de la información por parte de autoridades gubernamentales, organizaciones internacionales o las ONG? Kalyvas hace referencia a todos estos problemas en la medición de los niveles de control durante la guerra civil, pero acaba resolviendo la cuestión en base a ejemplos empíricos: aduce al hecho de que ha sido posible establecer cinco categorías de control en guerras como la de Vietnam o Colombia para decírnos que no debería ser difícil hacerlo en otras.

Existen también ciertos problemas de medición en la distinción entre la violencia selectiva y la violencia indiscriminada que propone el autor. El proceso por el cual se ha victimizado a alguien es imposible de conocer a la perfección —entre otras razones, los mismos actores pueden camuflar sus preferencias o racionalizar los actos llevados a cabo—. Los límites entre lo que puede considerarse identificación a nivel individual y colectiva son, indiscutiblemente, muy borrosos: ¿qué ocurre, por ejemplo, si se decide bombardear a una ciudad entera por haber apoyado al bando contrario? Si no se ha identificado de forma individual a cada uno de sus habitantes, la violencia debería ser considerada indiscriminada, pero, ¿lo es, realmente? Si la ciudad no hubiese apoyado al grupo contrario, no hubiese sido bombardeada, así que el bombardeo tiene un componente inherentemente selectivo.

Para terminar, debemos preguntarnos cuáles son las implicaciones de este libro para la literatura existente y venidera sobre todas estas cuestiones. En general, las implicaciones son numerosas, y no sólo para el estudio de las guerras civiles, sino para el de la violencia política en general. Kalyvas fundamenta su análisis en la acción instrumental de los individuos, y abandona una visión *macro* de la guerra civil, que percibe la violencia como el resultado de bloques antagónicamente enfrentados. Una de sus más valiosas contribuciones es, pues, subrayar la distinción entre *war* y *warfare*, y en presentar novedosas ideas sobre las dinámicas que explican lo segundo. Además, Kalyvas ha fortalecido una línea de investigación en política comparada, y en estudios sobre conflicto, consistente en el análisis comparado de distintas unidades dentro un mismo caso de estudio; ha contribuido al abandono de la idea que el análisis comparado de países es el único válido para estudiar el conflicto de forma sistemática.

The logic of violence in civil war ha dialogado con los principales pensadores sobre violencia política en la literatura contemporánea. Entre otros, ha desafiado a autores como

Varshney (2002) al demostrar que el "capital social" puede tener una dimensión negativa, conducente a mayores (y no a menores) niveles de violencia; ha retado a autores como Wilkinson (2004), al subrayar que las variables políticas no tienen relevancia para explicar la violencia durante el conflicto; se ha opuesto a Weinstein (2007) en su visión de la naturaleza de la guerra como inherentemente anárquica, donde solamente la disciplina dentro de los grupos evita que se cometan crímenes. En resumen, Kalyvas se ha dedicado a analizar un fenómeno social y político en base a un riguroso individualismo metodológico y con ganas de romper ideas prefijadas o prejuicios, los cuales nublan muy a menudo el conocimiento científico. Es seguramente esta rigurosidad metodológica, junto con la originalidad de su teoría y datos, lo que ha valido los premios de la Asociación Americana de Ciencia Política (APSA) al mejor libro de ciencia política, en el año 2007, y al mejor libro de política comparada, en el año 2008.

Referencias

- Balcells, Laia. 2007. "Rivalry and Revenge. Killing Civilians in the Spanish Civil War", *Working Paper 2007/233*. Instituto Juan March: Madrid.
- Clausewitz, Carl von. 1968. *On War*. Colonel F. N. Maude, ed., Colonel J. J. Graham, trad. Nueva York: Barnes and Noble.
- Downes, Alexander. 2004. "Drastic Measures: Why Civilians Are Victimized in War". Tesis Doctoral. University of Chicago.
- Kalyvas, Stathis N. 2005. "Warfare in Civil Wars", en J. Angstrom, ed., *Rethinking the Nature of War*. Abingdon: Frank Cass.
- Kalyvas, Stathis N. y Laia Balcells. 2007. *International System and Technology of Conflict: The End of the Cold War Effect*. [En revisión]
- Lacina, Bethany Ann. 2006. "Explaining the Severity of Civil War", *Journal of Conflict Resolution* 50(2): 276-289.
- Valentino, Benjamin A.; Paul Huth y Dylan Balch-Lindsay. 2004. "'Draining the Sea': Mass Killing and Guerrilla Warfare", *International Organization* 58 (2): 375-407.
- Varshney, Ashutosh. 2002. *Ethnic Conflict and Civil Life: Hindus and Muslims in India*. New Haven: Yale University Press.
- Weinstein, Jeremy. 2007. *Inside Rebellion: The Political Economy of Rebel Organization*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wilkinson, Steven I. 2004. *Votes and Violence: Electoral Competition and Ethnic Riots in India*. Cambridge: Cambridge University Press.

Benigno Pendás

La Generación del 14. Una aventura intelectual

Manuel Menéndez Alzamora. Madrid: Siglo XXI, 2006

La generación del 14, es decir, Ortega y su entorno. Manuel Menéndez Alzamora ha escrito un libro notable sobre una etapa de nuestra historia que guarda todavía muchos secretos para el investigador riguroso. Aunque a veces parezca lo contrario, no todo está ya dicho sobre Costa y Unamuno, sobre Azaña y Araquistain, y en especial sobre Ortega, protagonista indiscutible, a veces hasta el exceso, casi en régimen de monopolio. Los tópicos arraigados son mal enemigo para el estudioso carente de prejuicios. Hay demasiada literatura acumulada sobre el Desastre, la Edad de Plata, la ilusión sobrevenida en forma de República y el final abrupto del mensaje de renovación. Abrir nuevas perspectivas no es tarea sencilla. El "mazizo de la raza", en versión conservadora o progresista, deja caer su peso implacable sobre los autores y sus obras. La ideología es una carga ineludible que no todos los historiadores del pensamiento consiguen encauzar por vías razonables. Menéndez Alzamara sale de los caminos trillados a base de un esfuerzo muy meritario. Lo mejor de su trabajo es, sin duda, el acopio documental sobre libros, revistas, folletos, conferencias y muchas otras formas de expresión de aquella estupenda "aventura intelectual" que dejó huella profunda más allá de su fracaso a corto plazo. Acaso se trataba del germen de una semilla que, me temo, algunos están dispuestos a dilapidar por razones confusas. Por eso resulta más que oportuno volver la vista sin prejuicios y con los datos en la mano hacia aquel momento fundacional de la España contemporánea, nacida —eso sí— con medio siglo de retraso sobre los cálculos y expectativas de sus progenitores.

Las notas, la cronología y la bibliografía comentada (en conjunto, con un cómputo generoso, casi un tercio del libro) son bastante más que un mero apéndice documental